

Posverdad

Colección Teorema
Serie mayor

Lee McIntyre

Posverdad

Presentación de Luis M. Valdés Villanueva

Traducción de Lucas Álvarez Canga

QUINTA EDICIÓN

CÁTEDRA

TEOREMA

Título original de la obra:
Post-Truth

1.^a edición, 2018
5.^a edición, 2023

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© The MIT Press, 2018
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 20.540-2018
ISBN: 978-84-376-3869-0
Printed in Spain

Índice

PRESENTACIÓN	13
PREFACIO	27
AGRADECIMIENTOS	29
CAPÍTULO 1. ¿Qué es la posverdad?	31
CAPÍTULO 2. La negación de la ciencia como hoja de ruta para entender la posverdad	45
«La duda es nuestro producto»	48
El cambio climático y más allá	53
Implicaciones para la posverdad	60
CAPÍTULO 3. Las raíces del sesgo cognitivo	63
Tres hallazgos clásicos de la psicología social	64
Estudios contemporáneos sobre el sesgo cognitivo	69
Implicaciones para la posverdad	81
CAPÍTULO 4. El declive de los medios de comunicación tradicionales	87
El problema del sesgo mediático	96
Implicaciones para la posverdad	105
CAPÍTULO 5. El auge de las redes sociales y el problema de las noticias falsas	107
La historia de las noticias falsas	114
Las noticias falsas hoy en día	120

Bajando por la madriguera del conejo	126
Contraatacando	130
Implicaciones para la posverdad	134
CAPÍTULO 6. ¿Condujo el posmodernismo a la posverdad?	137
Las guerras de la ciencia	141
El escándalo Sokal	143
Posmodernos de derechas	145
Troleando para Trump	157
CAPÍTULO 7. Combatir la posverdad	161
¿Estamos entrando en la era de la pre-verdad?	172
GLOSARIO	179
BIBLIOGRAFÍA	181
ÍNDICE DE SIGLAS	189

*Para Andy y Jon,
compañeros y amantes de la sabiduría*

El propio concepto de verdad objetiva
está desapareciendo del mundo. Las mentiras
pasarán a la historia.

GEORGE ORWELL

Presentación

¿Qué es la verdad?, dijo Pilatos en son de burla. Y no se quedó a esperar la respuesta.

JOHN L. AUSTIN

Que los políticos mienten con más frecuencia de la que deberían no es ninguna novedad. La manipulación de la verdad es el recurso favorito al que acuden por igual las dictaduras y los gobiernos democráticos para tratar de reducir los reproches por sus errores e incompetencias. Su intención es crear una imagen falsa (o al menos desorientadora) de una situación con el propósito de engañar. Desde 2016, el año en que se consagró el concepto de «posverdad», muchos han señalado que, tanto las actividades que ese concepto cubre como sus asociadas *fake news*, carecen de la originalidad que justificaría su constante presencia en los medios y en las conversaciones cotidianas. Se trataría, como máximo, de variedades de jardín del engaño y su popularidad dependería de campañas orquestadas por ciertas élites resentidas y sobrepasadas por los acontecimientos.

Por el contrario, el libro de Lee McIntyre que presentamos, defiende que la posverdad tiene el carácter de un fenómeno nuevo y trata de ponernos en guardia sobre su gravedad y el peligro que entraña, a la vez que ofrece un elenco de estrategias para hacerle frente. Para ello, examina, por una parte, sus *condiciones de posibilidad*: esencialmente el declive y la fragmentación de los medios de comunicación contemporáneos,

el advenimiento de las redes sociales, la bancarrota de los expertos y los rasgos psicológicos del público que la posverdad explota, halaga y fomenta. Pero además, McIntyre vincula sus *orígenes* con ciertos episodios concretos que incluyen las actividades de un conglomerado político-económico-científico: en particular, las maniobras patrocinadas por la industria tabacalera de los Estados Unidos para ocultar las evidencias que señalaban al tabaco como agente causante del cáncer de pulmón, y que tuvieron su continuación formal —se «calcaron», literalmente— en conocidos episodios de «negacionismo científico» ocurridos originalmente en los Estados Unidos (teoría del diseño inteligente, conexión entre la vacuna del sarampión y el autismo, consideración del cambio climático como un fenómeno natural, etc.). Todo esto sin olvidar la cuota de responsabilidad que adjudica a ciertas variedades del pensamiento contemporáneo auto-tituladas de izquierdas (el posmodernismo, principalmente) que, según McIntyre, han jugado de manera irresponsable a suprimir el concepto de verdad y a legitimar la subordinación de los hechos a la interpretación subjetiva ¡para sorprenderse a renglón seguido de que la derecha política utilizara esas armas en su favor! Es verdad, como señala el célebre filósofo Dan Dennett, que la filosofía no se ha cubierto precisamente de gloria al tratar este asunto y que hay posiciones filosóficas que pueden tener «consecuencias terroríficas», en el caso de que realmente lleguen a implantarse. Pero, como no hay mal que por bien no venga, quizás con ello se tome conciencia por una vez de que la filosofía no es una actividad tan inofensiva como la pintan. Heinrich Heine, el poeta romántico alemán, ya avisó hace más de un siglo del peligro de subestimar el poder de las ideas: los pensamientos alumbrados al calor de la soledad de la habitación de un profesor, decía él, pueden dar al traste con toda una civilización.

En la actualidad, la vida pública está cada vez más llena de personajes con poder que no ocultan su desdén por la verdad y por los hechos. Donald Trump y su variopinto equipo, o Nigel Farage y los promotores del Brexit, son ejemplos que están en boca de todos y sus éxitos parecen ofrecer una prueba del poder práctico de la posverdad. Pero es cierto que el cuestionamiento de la 'dureza' de la verdad y de los hechos no es *totalmente* nuevo. Ya en el siglo v (a.C.), Protágoras defendía que «el hombre es la medida de todas las cosas», que «todo es para mí tal como me aparece» y «que todo es para ti tal como te aparece». Nietzsche hizo famoso el eslogan «No hay hechos, solo hay interpretaciones» y William James afirmaba que una «realidad 'independiente' del pensar hu-

mano es muy difícil de encontrar» y que, cuando se dice que se ha encontrado, es que ha sido falseada. Contemporáneamente, el deflacionismo o el minimalismo sobre la verdad, o las discusiones en torno al realismo/anti-realismo, son una parcela muy viva de las controversias acerca del estatuto de la verdad, tan legítimas y tan viejas como la propia filosofía. Sin embargo, el fenómeno de la posverdad no puede entenderse cabalmente si se contempla solo como el mero desarrollo de estas polémicas hacia un punto en el que, por así decirlo, surge un uso de la mentira más ‘eficaz’ que el que hasta ahora conocíamos.

¿En qué sentido entonces es la posverdad algo cualitativamente distinto de la ‘invención mendaz’ que nos resulta familiar? El filósofo de Princeton, Harry Frankfurt, lo sintetiza espléndidamente en su libro *On Bullshit [Sobre la charlatanería o Sobre la manipulación de la verdad]* (2005). Las mentiras tradicionales, dice él, entrañan que el mentiroso acepta que hay algo que es, de un modo u otro, una *forma absoluta de verdad*. Cuando se trata de informar sobre un estado de cosas, de ocultarlo, o de desorientar a una persona individual o a un grupo sobre su existencia, es necesario suponer que se reconoce que se dan unos *hechos* determinados y que hay una diferencia apreciable entre presentarlos de forma *correcta* o *incorrecta*; en suma: que hay unas reglas que el mentiroso y los destinatarios de la mentira comparten. Ahora bien, si como el concepto de posverdad postula, es *indiferente* el cómo se presenten los hechos, se está dando por sentado que lo que decimos no está engranado con la realidad y, por ende, que no concedemos importancia a la verdad. Es inútil (y quizás absurdo, como se está viendo) reprochar a un Trump que miente porque viola las reglas del juego: él está en otra dimensión; a él la verdad, podemos decir, *le trae sin cuidado*. Desde el momento en que lo que dice, no importa lo que sea, funciona (p. ej., reafirmando las convicciones de sus seguidores, o consiguiendo que no se hable de otra cosa), todo está en orden. Para expresarlo con una conocida consigna posmoderna: «lo importante no son los hechos, lo importante es la narración». Dice Frankfurt:

El que miente y el que dice la verdad están, por así decirlo, jugando el mismo juego en lados opuestos. [...] la respuesta de uno de ellos está guiada por la autoridad de la verdad, mientras que la respuesta del otro desafía esa autoridad

El charlatán [*bullshitter*] ignora esas demandas de modo absoluto. No rechaza, como hace el mentiroso, la autoridad de la verdad y

se opone a ella. No le presta atención en modo alguno. En virtud de esto, la charlatanería es un enemigo mayor de la verdad que la mentira.

¿Tiene alguna explicación este desprecio por la verdad, tan llamativo y, como parece, hasta ahora inédito? El filósofo británico Bernard Williams señala en un delicioso libro, *Truth and Truthfulness* (2002), que hay dos ideas contrapuestas, pero relacionadas hasta el punto de que puede decirse que se retroalimentan, que gozan de una destacada presencia en el pensamiento contemporáneo. Por un lado, en ninguna otra época, afirma él, ha existido un interés tan grande por la *veracidad* [*truthfulness*]. Estamos siempre alerta por si se nos engaña y queremos descubrir las estructuras *reales* que subyacen a las apariencias de todo lo que atrae nuestra curiosidad. Como dice Wittgenstein en el *Tractatus* [6.372], los contemporáneos queremos que parezca que *todo* está explicado. Exigimos *veracidad* en nuestra vida diaria, pero también en política y en la justificación de los fenómenos de los que se ocupan las ciencias sociales, e incluso las naturales. Pero ese interés en la veracidad, dice Williams, «da impulso a un proceso de crítica que debilita la confianza en que haya una verdad [*truth*] segura, de una pieza, enunciable». Precisamente nuestras ansias de veracidad, o así parece, alimentan nuestras sospechas sobre la propia noción de verdad, sobre si tiene sentido hablar de una ‘verdad objetiva’. Williams apela, como ejemplo, al caso de la historia. No es infrecuente descubrir que algunos relatos que teníamos como ‘verdad’ histórica, están sesgados y no reflejan la ‘realidad’ del pasado. Ahora bien, cuando la narración ‘no-veraz’ se sustituye por la pretendidamente ‘veraz’, la objeción de si esta última es de hecho veraz se reproduce una y otra vez, hasta llegar a un punto muerto¹ en el que ya abiertamente se plantea la cuestión de si se puede hablar con *veracidad* de ‘verdad histórica’. Aplicando el mismo patrón estratégico a

¹ Curiosamente, hay aquí un eco del escepticismo de los tropos de Agripa que se reproduce en multitud de patrones de razonamiento del «negacionismo» científico. En muchos de los casos que analiza el libro de McIntyre, lo importante es hacer «surgir la duda» por cualquier procedimiento (y que prenda en el público) sobre un enunciado o teoría científicos y presentar una alternativa no certificada por la ciencia. Inmediatamente se pide una demostración de tal enunciado o teoría científicos, que es imposible de proporcionar debido a la propia estructura de la ciencia. Se concluye entonces, que un enunciado o teoría alternativos están al mismo nivel que los científicos y se exige, en nombre de la objetividad, igual tratamiento informativo, debates paritarios, etc.

otros campos para alcanzar en cada caso el citado punto muerto, se llega a la conclusión de que la propia veracidad impone que renunciemos a la idea de que conceptos como «verdad» desempeñan algún papel en la investigación y que, en consecuencia, deben eliminarse de plano como instrumentos de opresión que son (p. ej., Foucault o Derrida) o «reescribirse», por ejemplo, en términos de justificación (Rorty).

El *posmodernismo* es la corriente filosófica que mejor ha encarnado ese aspecto del mundo contemporáneo —el ansia confesada de veracidad y a la vez de desconfianza en la verdad— que Williams señala. Es relativamente sencillo describir su génesis. Basta añadir a las consideraciones de Williams la idea de que todo, incluida la conducta, puede presentarse como un *texto*. Para averiguar *verazmente* lo que un texto dice, afirma el posmodernismo, no basta tomar en cuenta lo que el ‘autor’ declara que quiere decir, sino que tenemos que ‘deconstruirlo’, esto es: leer los textos prestando especial atención a todo lo que pueda ir en contra de su pretendido significado o su unidad estructural con el propósito de mostrar que aquello en lo que el texto se sustenta es irreductiblemente inestable, complejo y, en suma, imposible (Derrida). Pero es obvio que un texto puede tener *muchas interpretaciones* (deconstrucciones), casi tantas como intérpretes, pues cada uno de ellos aportará a la interpretación sus propias presuposiciones, no necesariamente coincidentes. Ahora bien, es fácil ver cómo, al igual que en el caso de Williams y la interpretación de la historia, llegamos a un punto muerto. Pues, ¿quién determinará cuál de las muchas interpretaciones es la correcta/verdadera, qué es lo que el texto quería *realmente* decir? La respuesta es que *nadie* puede hacerlo *verazmente*: todo intérprete no tiene otra opción que abordar un texto con sus propios prejuicios y concepciones. La conclusión a la que se llega es entonces que no hay nada que sea la *verdad objetiva*; tenemos solo distintas *perspectivas*, todas ellas del mismo nivel, sobre cómo es el mundo. Ahora bien, si alguien califica una interpretación de ‘verdadera’ lo que estará realizando sería *un acto de autoridad*: decir que algo es verdadero es utilizar la verdad como un *instrumento* de poder. Decir «sé que *P*» o «*P* es verdadera» es la forma en la que el poderoso impone su ideología sobre el débil. Como el poder, todo poder, es algo malo, el uso instrumental de la verdad no puede sino ser la expresión de la maldad misma.

McIntyre concluye el capítulo 6 con la lapidaria frase: «el posmodernismo es el padrino de la posverdad». Creo, sin embargo, que la veracidad exige mitigar un poco esta condena sumaria. Es cierto que el

posmodernismo, como afirma la cita de Orwell, ha jugado con fuego «sin saber siquiera que el fuego quema». Pero algunos de sus puntos de partida no están del todo descaminados. Aparte de reconocer su contribución al desarrollo de una concepción más pluralista de la sociedad, no parece discutible que los intereses políticos, económicos, sociales o religiosos amenacen (y hayan amenazado siempre) la libre investigación y la búsqueda de la verdad. Los ‘datos’, como ingenuamente se pensó algunas veces, no se leen ‘directamente’, sino que vienen siempre categorizados a través de ‘gafas teóricas’, las cuales pueden incluir desde construcciones sublimes hasta manipulaciones deleznable. Pero con todo, es muy precipitado concluir sin más de lo anterior que los datos o la información no han de ser examinados según los cánones de la objetividad y la corrección, o que los ideales de verdad o justicia no desempeñen ningún papel ni en la vida ordinaria, ni en la investigación en ciencias humanas, sociales o naturales. Como afirma Williams, cuando con argumentos como los anteriores no prestamos atención al ‘valor de la verdad’ estamos dejando que el bebé se vaya por el sumidero junto al agua de la bañera.

Sin embargo, las precipitadas conclusiones del posmodernismo —formuladas muchas veces en una jerga difícilmente inteligible y confinadas como han estado a la Academia— han logrado de manera increíble hacer mella en el concepto de verdad y han contribuido a su corrosión. Su insistencia en que la cultura, incluida la ciencia natural, no es sino un ‘constructo social’ que refleja la distribución del poder en la sociedad, invita, como Frankfurt señala, a prescindir de la verdad. Ahora bien, en general, de las construcciones teóricas del posmodernismo, siendo como de hecho son muchas de ellas temerarias e irresponsables, no creo que pueda decirse con total veracidad que están en el origen del fenómeno de la posverdad. Lo que el posmodernismo pretende en sus inicios es reagrupar a una izquierda esencialmente académica, desencantada y perpleja ante la bancarrota del marxismo, ofreciéndole una nueva teoría política que esté en condiciones de liderar la empresa de la emancipación social en la que el marxismo había fracasado. Los elementos de los que echó mano para erigir su edificio teórico no permitían construir nada sólido, por lo que el resultado fue más bien la creación de un *estado de ánimo* que puso de moda una ‘pose’ en la que reinaban a partes iguales el cinismo, el relativismo y la contradicción palmaria. Sin duda, un buen cóctel para recobrar el ánimo. Un divertido ejemplo de lo que era aquello nos lo brinda una anécdota que cuenta Pascal Engel.

Dice él que cuando asistía en la década de los 70 a las clases de Foucault en el Collège de France se sorprendía de oírlo explicar durante toda la mañana en qué consistía la maldad intrínseca del concepto instrumental de verdad ;para verlo a continuación ponerse al mediodía a la cabeza de una manifestación, detrás de una pancarta que reclamaba 'Verdad y Justicia'!

Lo que ha sucedido, más bien, es que el auge del movimiento posmoderno coincidió con el inicio de una prodigiosa revolución en los medios y las tecnologías de la comunicación y el éxito de muchos de sus líderes se debe en gran medida a que supieron ver con anticipación las consecuencias para la vida diaria que iba a tener esa transformación. Baudrillard, uno de los líderes del «ala dura», llegó a profetizar, ya en 1981, que la socialización o la pertenencia a un grupo vendría determinada por la exposición a los medios de comunicación que serían, a la vez, una fuente de desinformación. Richard Rorty (1931-2007), una vieja gloria del izquierdismo estadounidense y quizás el más moderado de ellos, predijo incluso en una obra publicada en 1998 la llegada a la Casa Blanca de un Trump (*'a strongman'*) que barrería a todo lo que más odia el estadounidense suburbano medio: burócratas engréidos, abogados tramposos, vendedores de bonos y, por supuesto, profesores posmodernistas.

McIntyre estudia con cierto detalle en su libro el declive de los medios de comunicación tradicionales, desde su antiguo papel como garantes de la objetividad a la bancarrota en la que cayeron por la competencia con las cadenas de televisión y su fragmentación resultante. Lo que empeoró las cosas fue el 'descubrimiento' por parte de las televisiones de los Estados Unidos de que las cadenas de noticias podían ser un negocio, con el aliciente añadido de que podían obtener otros réditos si entraban en la lucha política. Pero entonces sucedió algo emparentado con la 'paradoja' de la 'veracidad-verdad', señalada por Bernard Williams, de la que se habló al comienzo. Siguiendo, como defiende McIntyre, la hoja de ruta diseñada en los años 50 por las tabacaleras, se empezó a acusar a algunos medios de sesgo ideológico, incluso en el caso de temas relacionados con la ciencia. Esto llevó a reclamar un trato 'equilibrado' en los debates, no solo de opinión, sino también en los concernientes a asuntos científicos. Por supuesto, nadie quería enfrentarse a las aspiraciones generales de veracidad y ser acusado de parcialidad o de sesgo cognitivo. De este modo, si un científico acudía a un debate, ya fuera sobre el cambio climático, o sobre la vacuna contra el sarampión, siempre se le presentaba 'a pantalla partida' con un contrincante que defen-

día posiciones alternativas y cuya función era hacer *surgir la duda*, por mucho consenso que hubiera en la comunidad científica sobre que, por ejemplo, el cambio climático estaba causado por los humanos o sobre el hecho de que la vacuna contra el sarampión no estaba relacionada con el autismo. El mantra era siempre el mismo: si no se puede *demonstrar conclusivamente* (y solo se puede *demonstrar algo con total seguridad* en lógica y en matemáticas) que el cambio climático *no* está causado por las actividades humanas y que la vacuna del sarampión *no* produce autismo, entonces cabe la *posibilidad* de que la ciencia establecida se equivoque y, por tanto, las alternativas *no* pueden descartarse. La idea de que la ciencia es una especie de conspiración de los propios científicos para lograr oscuros fines solía ser un asunto de personas desequilibradas, pero la discusión ‘equilibrada’ de las posiciones ha hecho que esto ya no sea así. El público comenzó a albergar cada vez más dudas sobre las afirmaciones científicas, colateralmente se ha fomentado el recelo hacia los científicos ‘sabelotodo’ y, por extensión, hacia cualquiera que aparezca como ‘experto’. Por otra parte, lo que quedaba de la prensa de prestigio siguió también los pasos de las cadenas de televisión, con el resultado de que, a finales de los 90, un porcentaje bastante alto de estadounidenses confesaba desconfiar de los científicos a los que veían como una elite engreída.

En estas condiciones, no es de extrañar que, por mor del ‘equilibrio’ ideológico, o por, si se quiere, el afán de veracidad en la presentación de lo que se consideraban ‘posiciones distintas y legítimas sobre unos mismos hechos’, lo que se perdiera fuese la verdad. En primer lugar, porque lo que se empezaba a diluir era la distinción entre hechos y opiniones. Para decirlo en términos posmodernos: lo que la mayoría del público percibía era que estaba ante dos ‘narrativas’ que se le presentaban al mismo nivel, ignorando los controles que la propia ciencia se impone y que son parte sustancial suya. Pero, en segundo lugar, lo definitivo en este aspecto fue la irrupción de las redes sociales. La conversión de Facebook (creado en 2004) en un agregador de noticias alimentado por los ‘likes’ y los blogs, las páginas de noticias alternativas, etc., hicieron el resto. La polvareda que sin interrupción se levanta en internet (muchas veces planificada y cuidadosamente ejecutada) impide distinguir noticias genuinas de medias verdades o de historias inventadas. Hemos pasado de la reverencia por la letra impresa de antaño (‘lo dice la prensa’) como criterio de verdad, a tomar como verdadero todo lo que aparece en las redes sociales.